
LIBRO XXX.

SUMARIO.

Triunfos de Scipión en Africa.—Derrota y prisión de Sifax.—Masinissa se enamora de Sofonisba, esposa de Sifax é hija de Asdrúbal.—Le reconviene Scipión.—Masinissa envía un veneno á la joven.—Los cartagineses llaman á Annibal.—Pasa al Africa y queda vencido en una batalla.—Gisgón se opone á la paz.—Annibal le arranca de la tribuna.—Muerte de Magón.—Masinissa recobra sus estados.—Regreso y triunfo de Scipión.—Los soldados y pueblo le dan el nombre de Africano.

Cn. Servilio Cepión y C. Gervio Geminio, nombrados cónsules en el año décimosexto de la guerra púnica, consultaron al Senado acerca de los asuntos públicos, de la guerra y de la repartición de provincias. Opinóse que se pusieran de acuerdo los cónsules ó las sortearsen, para saber cuál iría al territorio de los Brucios para hacer frente á Annibal, y cuál tendría la Etruria y los ligurios: el designado para el Brucio debía tomar el ejército de P. Sempronio. Prorrogado éste por un año en su mando proconsular, reemplazaría á Licinio,

que regresaría á Roma. Licinio se había mostrado hábil general; además de todas las demás cualidades que le hacían superior á todos sus conciudadanos, la naturaleza y la fortuna le habían colmado con sus dones. Noble y rico á la vez, su fuerza y belleza eran notables; pasaba por muy elocuente, tanto para defender una causa, como para sostener ó combatir una opinión en el Senado ó delante del pueblo, y además conocía á fondo el derecho pontificio. A estas glorias, el ejercicio del consulado, añadió la gloria militar. Las disposiciones tomadas para el Brucio se aplicaron á la Etruria y á los ligurios. M. Cornelio recibió orden de entregar su ejército al nuevo cónsul: prorrogado él mismo en su mando, ocuparía la provincia de Galia con las legiones que el año anterior habían obedecido al pretor L. Scribonio. Después se sortearon las provincias: Cepión recibió el Brucio y Gervio Geminio la Etruria. Sometiéronse igualmente á sorteo las provincias de los pretores, y la suerte dió á Peto Elio la jurisdicción urbana; la Cerdeña á P. Lentulo, la Sicilia á P. Velio; Ariminio y las dos legiones de Lucrecio Spurio á Quintilio Varo. A Lucrecio se le prorrogó también en su mando, con el encargo de reconstruir Génova, destruída por el cartaginés Magón. A Scipión se prorrogó el mando sin fijársele otro término que la terminación de su obra, es decir, el fin de la guerra de Africa, y se decretó una rogativa con ocasión de su paso al Africa, para que su empresa redundase en provecho del pueblo romano, del general y de su ejército.

Alistáronse tres mil hombres para la Sicilia, habiendo sido trasladado al Africa lo mejor de las tropas de aquella provincia. En el temor de que una flota cartaginesa hiciese algún desembarco, se destinaron cuarenta

naves á la custodia de aquellas costas. Velio llevó trece naves nuevas, y las otras, que eran viejas, las carenaron en el país. Pusieron esta flota á las órdenes de M. Pomponio, pretor del año anterior, que fué prorrogado en su mando, y en estas naves embarcó los nuevos soldados que habían llegado de Italia. Por decreto del Senado se confió igual número de naves á Cn. Octavio, que también era pretor del año precedente y á quien se otorgaron iguales facultades, encargándole la defensa de las costas de Cerdeña. El pretor Lentulo recibió orden de suministrarle dos mil hombres de embarque. En cuanto á la costa de Italia, como no se sabía dónde dirigirían los cartagineses su flota, y se podía temer que á cualquier punto de los que quedaban desguarnecidos, designaron á Cn. Marcio, pretor del año anterior, para protegerla con igual número de naves. Por decreto del Senado, los cónsules alistaron tres mil hombres para el armamento de esta flota, y dos legiones urbanas para los casos imprevistos de la guerra. En las Españas se conservaron los mismos ejércitos, y el mando á los antiguos generales L. Lentulo y L. Manlio Acidino. Así, pues, las fuerzas romanas se elevaron aquel año á veinte legiones y sesenta naves largas. Los pretores recibieron orden de marchar á sus provincias, y se exhortó á los cónsules para que diesen, antes de su salida de la ciudad, los grandes júegos, cuya celebración cada cinco años votó T. Manlio Torcuato durante su dictadura, si la república se mantenía en el mismo estado. Nuevos temores religiosos atormentaban los ánimos por efecto de prodigios ocurridos en diversos parajes. Pretendíase que unos cuervos en el Capitolio, no solamente habían arrancado con el pico, sino comido oro; en Anzio las ratas habían roído una co-

rona de oro; en las cercanías de Capua había caído una nube de langostas, sin que se pudiese determinar el punto de donde habían venido; en Reata había nacido un potro con cinco patas; en Anagni habíanse visto llamaradas en el cielo, diseminadas al principio y que se reunían después en inmensa hoguera; en Trusionone un arco describió en derredor del sol un círculo poco extenso, y después aquel círculo desapareció en el ensanchado disco del astro; en Arpino se hundió la tierra en una llanura, abriéndose inmenso abismo. Uno de los cónsules á la primera víctima que inmoló encontró el hígado sin cabeza. Para expiar estos prodigios se sacrificaron víctimas mayores, designando el colegio de los pontífices los dioses á quienes debían ofrecerse.

Hechas estas cosas, los cónsules y los pretores partieron para sus provincias: sin embargo, todos se ocupaban del Africa como si les correspondiese, sea porque veían el interés público y la guerra reconcentrados en ella, sea por agradar á Scipión, en quien se fijaban entonces todas las miradas. Así era que no solamente de Cerdeña, como ya se ha dicho, sino que también de Sicilia y de España, se le enviaban equipos, y granos; de Sicilia le enviaron también armas y provisiones de toda clase. Scipión, por su parte, no había interrumpido ni un solo instante durante el invierno las operaciones militares, que emprendió en muchos puntos á la vez en derredor suyo. Sitiaba á Utica, y delante tenía el campamento de Asdrúbal. El cartaginés había botado al agua sus naves; su flota estaba equipada y dispuesta para interceptar los convoyes. En medio de estas dificultades, no había renunciado á la esperanza de reconquistar la amistad de Syfax, en

el caso de que larga posesión había calmado el cariño que profesaba á su esposa. Syfax ofrecía su mediación para la paz, con la condición de que los romanos abandonasen el Africa y los cartagineses la Italia; pero no podían contar con su defección en caso de guerra. Supongo que estas negociaciones se siguieron por mensajeros (y así lo creen la mayor parte de los autores), en vez de admitir, como Valerio Ancias, que el mismo Syfax marchó al campamento romano para la entrevista. Al principio, apenas quiso el general romano escuchar aquellas proposiciones. En seguida, para proporcionar á sus soldados plausible pretexto de comunicar con el campamento cartaginés, se mostró más complaciente y dejó entrever la esperanza de que, después de muchas tentativas por una y otra parte, acabarían por entenderse. Los cuarteles de invierno de los cartagineses, contruidos de cuantos materiales habían encontrado en los campos, eran casi por completo de madera. Los numidas especialmente, sin otro abrigo, en su mayor parte, que chozas de juncos ó esteras, se habían alojado aquí y allá en desorden, y algunos fuera del foso y de la empalizada, como si no hubiesen recibido orden alguna para la elección de sitio. Informado Scipión de esta circunstancia, acarició la esperanza de incendiar, á la primera ocasión, los cuarteles de invierno.

Con los agentes que enviaba á Syfax iban también como comitiva, y con disfraz de esclavos, aquellos oficiales suyos cuyo valor y prudencia conocía: éstos aprovechaban el tiempo de la entrevista para pasear por el campamento de un lado á otro, examinando las entradas y salidas, su situación y forma en sus detalles y conjunto, los cuarteles de los cartagineses y de los

numidas, el intervalo que separaba el campamento de Asdrúbal del del rey, la manera de estar colocados los centinelas y guardias, para asegurarse si convenría más la noche ó el día para una sorpresa. Gracias á la frecuencia de las entrevistas, de intento enviaba unas veces á unos y otras á otros, para que conociesen todos aquellos detalles el mayor número posible de romanos. Cuando, después de muchas negociaciones, Syfax y por su mediación los cartagineses creían positivamente en la paz, los emisarios romanos declararon « que tenían orden de llevar á su general contestación definitiva. Sea porque el rey hubiese tomado su partido, sea porque tuviese que consultar aún á Asdrúbal y los cartagineses, era necesario apresurarse. Había llegado el tiempo de concluir la paz ó continuar con empeño la guerra. » Mientras que Syfax consultaba con Asdrúbal y éste con los cartagineses, los espías tuvieron tiempo para verlo todo, y Scipión para hacer todos los preparativos que exigían sus proyectos. Por otra parte, tanto se hablaba de la paz y tanto se confiaba en ella, que los cartagineses y los numidas descuidaban toda precaución contra las tentativas del enemigo. Al fin llegó la respuesta; pero como se creía al general romano muy impaciente por conseguir la paz, introdujéronse cláusulas rígorosas, que fueron muy convenientes para proporcionar á Scipión pretexto para romper la tregua. Hizo saber al emisario del rey que las pasaría al consejo, y á la mañana siguiente le contestó « que él solo había opinado por la paz, y que, á pesar de sus esfuerzos, todos los demás la habían rechazado. El mensajero podía, pues, asegurar que Syfax no esperase paz con los romanos en tanto que no se separase de los cartagineses. » De esta manera rompió la tregua para poder eje-

cutar sin escrúpulo sus proyectos. Comenzaba la primavera; botó al agua sus naves, embarcó sus máquinas y á prestos de sitio como si fuese á dar el asalto á Utica por la parte del mar, y envió dos mil hombres á apoderarse de una altura que dominaba la plaza, y que ya había ocupado antes: quería, por una parte, distraer la atención del enemigo de la operación que meditaba, y, por otra, prevenir una salida, un ataque que durante su marcha contra Syfax podrían dirigir desde la ciudad contra su campamento, cuya guarda dejaba encargada á débil cuerpo de tropas.

Tomadas estas disposiciones, Scipión reunió su consejo, recogió los datos de los exploradores y de Masinissa, que conocía la parte robusta y la débil del enemigo, y en seguida anunció su propósito para la noche siguiente. Los tribunos, á la primera señal que se diese terminado el consejo, debían hacer salir del campamento las legiones. En conformidad con esta orden, al ponerse el sol comenzaron á levantar las enseñas; á la primera vigilia estaban formadas ya las columnas, llegando á media noche al campamento enemigo sin haber forzado la marcha, porque solamente tenían que recorrer siete millas. Scipión puso á las órdenes de Lelio una parte de las tropas y Masinissa con sus numidas, y les mandó que asaltasen el campamento de Syfax y le prendieran fuego. En seguida, llevando aparte á Lelio y después á Masinissa, les exhortó á que supliesen con su celo y actividad las medidas de prudencia que la noche hacía imposibles. Él mismo se encargaba de atacar á Asdrúbal y el campamento de los cartagineses. Pero no comenzaría hasta que viese ardiendo el del rey. No esperó mucho tiempo: en cuanto prendió la llama en las primeras chozas, se propagó rápidamente á las inme-

diatas, y pasando de unas á otras, extendió sus estragos por todo el campamento. La alarma fué, como no podía menos en un incendio nocturno, extendiéndose por tan vasto espacio: los bárbaros creyeron que era efecto de la casualidad y no de un ataque del enemigo; salieron sin armas para extinguirlo, y se encontraron delante de enemigos armados, especialmente de los numidas que Masinissa, gracias al conocimiento que tenía de los lugares, había apostado hábilmente en la salida de los caminos. Sorprendidos unos en el lecho profundamente dormidos, fueron devorados por las llamas; otros, en la precipitación, cayeron amontonados en el paso demasiado estrecho de la puerta, y quedaron aplastados.

Al ver el brillo de las llamas, los centinelas cartagineses primero, y después sus compañeros despertados por aquella alarma nocturna, cayeron en el error de los numidas y creyeron que el fuego era casual. Ignorábase si los gritos que lanzaban los heridos y moribundos se debían á un ataque nocturno, y esta ignorancia impedía asegurarse de la verdad. Los cartagineses se precipitaron, pues, sin armas, no esperando encontrar al enemigo, y salieron cada cual por su lado por la puerta más inmediata, no llevando más que los objetos propios para extinguir el incendio, viniendo á chocar contra las tropas romanas, que les mataron á todos por odio nacional, y más aún por temor de dejar escapar alguno que diera la alarma. Scipión se apoderó en seguida de las puertas, que no estaban guardadas, tan grande había sido el desaliento, y mandó incendiar las chozas más inmediatas. Dispersa al principio la llama, brilló aquí y allí en muchos puntos á la vez; después se extendió de una choza á otra, y á poco todo el

campamento era un vasto incendio. Los hombres y animales, medio quemados, huían revueltos, y sus cadáveres amontonados obstruían las puertas. Aquellos á quienes no había devorado el fuego, caían bajo el hierro, y el mismo desastre destruyó los dos campamentos. Sin embargo, los dos jefes consiguieron escapar, no llevando con ellos, de tantos millares de combatientes, sino dos mil hombres de infantería y quinientos de caballería, casi desarmados y la mayor parte heridos y mutilados por el fuego. Cuarenta mil hombres perecieron por el hierro ó en el incendio; más de cinco mil quedaron prisioneros, entre los que había muchos nobles cartagineses y once senadores; cogiéronse ciento setenta y cuatro enseñas, más de dos mil setecientos caballos numidas y seis elefantes; ocho quedaron muertos ó quemados, cayendo en poder del vencedor considerable cantidad de armas, que el general ofreció á Vulcano, quemándolas todas.

Huyendo Asdrúbal con un puñado de africanos, se refugió en la ciudad más inmediata, y todos los restos de su ejército, siguiendo las huellas del general, se le reunieron allí; pero el temor de que se entregase la ciudad á Scipión, le hizo salir. En seguida abrieron las puertas, y los habitantes recibieron á los romanos, que no les trataron como á enemigos, porque su sumisión había sido voluntaria. En seguida se apoderaron de otras dos ciudades y las saquearon, abandonando el botín á los soldados con lo que habían salvado del incendio de los dos campamentos. Syfax encontró á ocho millas de allí un fuerte, en el que se encerró. Asdrúbal marchó á Cartago con objeto de impedir que el miedo de aquel reciente desastre hiciese tomar medidas poco enérgicas. En efecto, la consternación fué allí

tan grande al principio, que se persuadieron de que Scipión abandonaría á Utica para acudir inmediatamente á poner sitio á Cartago. Los suffetas, que tenían en Cartago igual autoridad que los cónsules en Roma, convocaron el Senado, en el que se presentaron tres opiniones: una proponía una embajada á Scipión para tratar de la paz; otra que se llamase á Aníbal para que salvase la patria de aquella guerra de exterminio; la tercera, digna de la constancia de Roma en la adversidad, quería que se formase otro ejército y que se exhortase á Syfax para que no dejase de combatir. Gracias á la presencia de Asdrúbal y á la preferencia de toda la fracción Barcina por la guerra, prevaleció esta última opinión. Comenzáronse, pues, las levadas en la ciudad y en los campos, y se enviaron legados á Syfax, que por su parte hacía activos preparativos para continuar la guerra. Su esposa le había dominado, no solamente con sus caricias, armas tan poderosas sobre el corazón de un esposo apasionado, sino suplicándole y excitando su misericordia, rogándole con lágrimas que no abandonase á su padre y á su patria; que no consintiese que las llamas que habían devorado su campamento destruyesen también á Cartago. Los enviados emplearon también un recurso que la fortuna les ofreció con mucha oportunidad: cerca de la ciudad de Abba habían encontrado cuatro mil celtiberos, tomados á sueldo en España por sus reclutadores, y que eran tropas excelentes; añadiendo que muy pronto llegaría el mismo Asdrúbal con fuerzas muy importantes. Syfax no se limitó á recibir á los enviados con benevolencia; mostróles multitud de campesinos numidas, á los que en otro tiempo había dado armas y caballos, y les aseguró que armaría toda la juventud

de su reino: «el desastre lo debían al fuego y no al enemigo; no se llevaba la peor parte en la guerra hasta que se caía vencido combatiendo.» Esta fué su contestación á los legados. Pocos días después se unieron Asdrúbal y Syfax, disponiendo por este medio de un ejército de treinta mil hombres.

Scipión, que creía haber concluido con Syfax y los cartagineses, se ocupaba del sitio de Utica, y acercaba ya las máquinas á las murallas, cuando le distrajo de esta empresa la noticia de que comenzaba de nuevo la guerra. Dejó, pues, algunas tropas para que continuasen solamente la apariencia de un sitio por tierra y mar, y marchó personalmente contra el enemigo con la flor de su ejército. Primeramente tomó posición en una altura, á unas cuatro millas del campamento de Syfax; á la mañana siguiente descendió con la caballería á las grandes llanuras (así llaman el campo que se extiende al pie de aquella altura), y empleó el día corriendo hasta las avanzadas del enemigo y provocándole al combate. En los dos días siguientes se atacaron por una y otra parte, sin que aquellos choques produjesen ningún resultado notable; el cuarto día los dos ejércitos se presentaron en batalla. El general romano colocó los príncipes detrás de los hastatos, que formaban la primera fila, y dejó los triarios en reserva: dispuso la caballería italiana en el ala derecha, y en la izquierda Masinissa y sus numidas. Syfax y Asdrúbal opusieron sus numidas á la caballería italiana, los cartagineses á Masinissa, y colocaron los celtiberos en el centro, enfrente de las legiones. En este orden llegaron á las manos. El primer choque bastó para derrotar las dos alas enemigas, numida y cartaginesa; aquellos numidas, en su mayor

parte arrancados del arado, no pudieron resistir á la caballería romana, ni los cartagineses, recientemente alistados también, á Masinissa, más terrible aún con el recuerdo de su reciente victoria. Quedaba, aunque privada de sus dos alas, la columna de los celtiberos, á quienes no ofrecía la fuga esperanza alguna de salvación en aquel país desconocido, ni podían esperar gracia de Scipión habiéndole recompensado tan mal por sus beneficios con ellos y su nación, yendo como mercenarios á combatir en Africa. Envueltos por todas partes, cayeron unos sobre otros, haciéndose matar todos en sus puestos. Atrayendo de esta manera sobre ellos todo el esfuerzo, del ejército, aseguraron la fuga á Syfax y Asdrúbal dándoles tiempo para alejarse. Cuando llegó la noche, los vencedores estaban más cansados de matar que de combatir.

A la mañana siguiente envió Scipión á Lelio y á Masinissa con toda la caballería romana y la numida y las tropas ligeras en persecución de Syfax y de Asdrúbal; y él mismo, con el grueso del ejército, se presentó delante de las ciudades vecinas, puestas todas bajo la obediencia de los cartagineses, sometiéndolas á unas con promesas y á otras por temor ó por la fuerza. En Cartago dominaba profundo terror; aquel paseo triunfal y la rápida sumisión de todo el país inmediato hacían creer que muy pronto se presentaría delante de la misma Cartago. Reparáronse, pues, las murallas, añadiendo nuevas fortificaciones, y cada cual á porfía trajo de los campos las provisiones necesarias para sostener largo sitio. Rara vez se hablaba de la paz, y con frecuencia se trataba de enviar una legación á Anníbal para llamarle. La mayor parte quería que la flota, armada para interceptar los con-

voyes saliese para sorprender la que estacionaba delante de Utica y que no estaba prevenida; tal vez conseguiría destruir el campamento naval, en el que solamente habían dejado corto número de defensores. Este fué el partido que se adoptó con preferencia; pero también se decidió enviar una legación á Anníbal; porque si la flota conseguía excelente resultado, lo más que podía hacer era levantar parte del sitio de Utica, y para la defensa de la misma Cartago no quedaba otro general que Anníbal, ni más ejército que el suyo. Al día siguiente, pues, lanzaron al agua las naves, y partieron los legados para Italia: la crítica situación en que se encontraban hacía que obrasen precipitadamente, y cada ciudadano creía que la menor lentitud comprometería la salvación de la patria. Scipión, que llevaba un ejército agobiado ya con los despojos de muchas ciudades, envió los prisioneros y el resto del botín á su antiguo campamento de Utica, y fijando sus miras en Cartago, se apoderó de Túnez, cuya guarnición había huido. Esta plaza dista de Cartago unas quince millas, y la han fortificado por igual la Naturaleza y la mano del hombre: vese desde Cartago, y desde sus murallas se ve también esta ciudad y todo el mar que la rodea.

Desde allí vieron los romanos, en el momento en que se fortificaban, la flota que se dirigía desde Cartago á Utica. En seguida suspendieron los trabajos, se dió la orden de marcha y se levantaron apresuradamente las enseñas: las naves, vueltas hacia tierra y ocupadas en el sitio, impropias además para un combate naval, podían ser destruidas. ¿Cómo, en efecto, podían resistir á una flota ágil, provista de todo lo necesario y armada en guerra, con naves cargadas de máquinas y catapultas?

tas, ó transformadas en galeras de transporte, ó bien ancladas muy cerca de la muralla para servir de puentes y calzadas en caso de escalamiento? Scipion se separó por esto de la costumbre establecida para los combates navales: las naves rostratas, que podían proteger á las otras, las colocó detrás, cerca de tierra; las de carga, en cuatro filas, formaron un parapeto delante del enemigo; y para que no se destruyese su orden de batalla en medio del combate, las unió por medio de mástiles y vergas, y gruesos cables que formaban un todo indisoluble. En seguida las cubrió con tablas para establecer comunicación por toda la línea; en estos puentes dejó espacios para que las barcas de los exploradores pudiesen avanzar hacia el enemigo y tener segura la retirada. Tomadas apresuradamente estas disposiciones, como lo exigían las circunstancias, eligió unos mil hombres que trasladó á las naves de transporte; llevando, ante todo, armas, especialmente arrojadizas, en cantidad suficiente para que no faltasen, cualquiera que fuese la duración del combate. Preparados de esta manera y alerta los romanos, esperaron la llegada del enemigo. Si los cartagineses hubieran obrado con rapidez, habrían podido sorprender la flota romana en medio del desorden y la confusión, y destruirla al primer choque; pero azustados aún con los desastres por tierra, habían llegado á perder la confianza en su marina, que formaba toda su fuerza; perdieron un día entero por la lentitud de su movimiento, y hasta la postura del sol no abordaron al puerto que llaman los africanos Ruscinón. Al día siguiente, al salir el sol, marcharon á formarse en batalla en alta mar, como si esperasen sostener un combate en regla y que los romanos avanzasen á su encuentro. Después de conservar por mucho

tiempo su posición, viendo que el enemigo no se movía, se decidieron á atacar las naves de transporte. No fué aquello combate naval, pareciendo más bien asalto dado á murallas por una flota. Las naves de transporte estaban algo más altas que las rostratas de los cartagineses; éstos apuntaban de bajo á alto, y la mayor parte de sus dardos no podían alcanzar por encima de ellos; los de los romanos, lanzados desde lo alto de sus naves de transporte, caían con más fuerza por efecto de su mismo peso. Las barcas de los exploradores y los esquifes ligeros, que salían por los huecos dispuestos debajo de los puentes, fueron al principio aplastados por el solo choque y grandes dimensiones de las naves rostratas; y hasta estorbaron á los soldados romanos, obligándoles muchas veces, al mezclarse con las naves enemigas, á suspender sus golpes por temor de herir á sus compañeros en vez de los cartagineses. Al fin lanzaron éstos desde sus naves á los de los romanos maderos guarnecidos con garfios de hierro que llaman arpones. Como los romanos no podían cortar los arpones ni las cadenas á que les habían suspendido para lanzarlos, veíase cada nave rostrata enganchada por la popa con una de transporte, arrastrándolas á remolque y, rompiendo los cables que las unían, llevarse á la vez una fila de varias naves. De esta manera quedaron destruidos todos los puentes, teniendo apenas tiempo los soldados para saltar á la segunda fila de naves. Seis naves de transporte fueron remolcadas hasta Cartago, produciendo esta captura más regocijo del que merecía; pero les impresionó tanto más, cuanto que en medio de continua serie de desastres, era la única esperanza que veían brillar. Este acontecimiento demostraba además que la flota romana hubiera podido ser destruida si los

marinos de Cartago no hubiesen demostrado demasiada lentitud y Scipión no hubiera socorrido á tiempo su flota.

Casi al mismo tiempo, habiendo llegado á Numidia Lelio y Masinissa, después de quince días de marcha, los massyllos (1), súbditos naturales de Masinissa, volvieron regocijados á la obediencia de un rey por largo tiempo deseado. Syfax, cuyos legados y guarniciones fueron expulsados, se encerró en sus antiguos estados, aunque no para mantenerse tranquilo en ellos. Su esposa y su suegro le excitaban, apelando á su amor: tenía además tantos hombres y caballos, que el aspecto de aquel reino, por tanto tiempo floreciente, hubiese infundido confianza á un príncipe menos bárbaro y vanidoso. Reunió, pues, cuantos hombres aptos para el servicio encontró, les distribuyó caballos, armas, venablos, y dividió su caballería en turmas, y su infantería en cohortes, como le enseñaron los centuriones romanos. Con este ejército, tan numeroso como el que tuvo anteriormente, pero casi nuevo é indisciplinado, marchó al enemigo y acampó muy cerca de él. Primeramente avanzaron algunos jinetes fuera de las líneas para hacer un reconocimiento. Rechazados á flechazos, se replegaron hacia sus compañeros; después verificáronse salidas por ambas partes. Los rechazados sentíanse dominados por la indignación y volvían en mayor número. Esto es lo que hace tan animados los combates de caballería: la esperanza aumenta el número de los vencedores y el despecho el de los vencidos. Un puñado de hombres comenzó la acción, y muy

(1) Los massyllos habitaban, al pie del monte Atlas, la parte oriental de la Numidia; y los massesyllos, que el autor designa con las palabras *regno vetere*, ocupaban el lado occidental.

pronto toda la caballería de los dos bandos se vió arrastrada por su ardor. Mientras se redujo todo á un simple combate de caballería, aquella multitud de massyllos, que Syfax hacía avanzar por masas, fué casi irresistible. Pero cuando la infantería romana se presentó de pronto, pasando por los espacios que le dejaban las turmas, y restableció el combate y rechazó al enemigo, que atacaba en desorden, los bárbaros vacilaron en lanzar sus caballos; en seguida se detuvieron, desconcertados por aquella táctica nueva para ellos; al fin cedieron delante de la infantería, y ni siquiera resistieron delante de la caballería, enardecida por el apoyo de los infantes. Acercábanse ya las enseñas de las legiones; los massesyllos no pudieron resistir el primer choque, ni siquiera la presencia de las enseñas y armas romanas: ¡tanto impresionaba sus ánimos el recuerdo de sus recientes derrotas ó el terror presente!

Syfax corrió entonces contra las turmas enemigas, esperando que la vergüenza ó su propio peligro detendría á los fugitivos; pero herido gravemente su caballo, le arrojó al suelo. Rodearon al rey, se apoderaron de él y le llevaron vivo á Lelio; espectáculo más delicioso para Masinissa que para todos los demás. Cirta era la capital de los estados de Syfax, y allí se reunió considerable número de sus soldados. En este combate la matanza no correspondió á la victoria, porque solamente peleó la caballería; no resultaron más de cinco mil muertos, y no se eleva á más de la mitad de este número el de prisioneros hechos en el ataque del campamento, en el que habían penetrado en tropel los vencidos, por el miedo que les causó la captura del rey. Masinissa declaró «que nada habría más hermoso en aquel momento para él que regresar como vencedor á

sus estados hereditarios, que acababa de recobrar después de tan largo destierro; pero que ni la buena ni la mala fortuna permitían perder un solo momento. Si Lelio le permitía adelantarse con su caballería, llevando á Syfax cargado de cadenas, podría sorprender á Cirta y apoderarse de ella en medio del terror y del desorden. Lelio le seguiría á cortas jornadas con la infantería. Consintió en ello Lelio; y habiéndose presentado Masinissa bajo las murallas de Cirta, pidió una entrevista con los habitantes más notables. Estos ignoraban la suerte del rey; por cuya razón el relato de los sucesos, las amenazas, la persuasión, todo quedó sin efecto, hasta el momento en que les presentaron el rey cargado de cadenas. Ante aquel terrible espectáculo, rodaron lágrimas de los ojos, y mientras unos, en su terror, se alejaban de la plaza, los otros, con el unánime apresuramiento de gentes que procuran ablandar al vencedor, abrieron las puertas. Masinissa envió destacamentos á las puertas y á los puntos importantes de las murallas, para cerrar las salidas á los que quisieran huir, y corrió al galope de su caballo á apoderarse del palacio. Cuando penetraba en el vestibulo encontró en el mismo dintel á Sofonisba, esposa de Syfax é hija del cartaginés Asdrúbal. Esta, en cuanto vió en medio de la escolta á Masinissa, fácil de reconocer por su armadura y aspecto, presumiendo con razón que era el rey, se arrojó á sus pies. «Estamos, le dijo, en tu poder. Así lo han decidido los dioses, tu valor y tu fortuna. Pero si una cautiva puede suplicar al que puede darle la vida ó la muerte; si le es permitido abrazar tus rodillas y tocar tu mano victoriosa, yo te ruego y suplico, en nombre de esta majestad real que antes me rodeaba también, en nombre de ese título de numida que compar-

tes con Syfax, en nombre de los dioses de este palacio, cuya protección deseo que no te falte al entrar en él como ha faltado á Syfax al alejarse, que decidas por tí mismo la suerte de tu cautiva según te inspire tu corazón, y me libres de los soberbios y crueles desdenes de un dueño romano. Aunque no fuese más que la esposa de Syfax, esto bastaría para que prefiriese entregarme á la voluntad de un numida, de un príncipe africano como yo, que á la de un extranjero, de un desconocido. ¿Pero qué no debe temer de un romano una mujer cartaginesa, la hija de Asdrúbal? Tú lo sabes. Si no tienes en tu poder otro medio que la muerte para librarme de la dependencia de los romanos, mátame, yo te lo ruego y suplico.» Sofonisba era extraordinariamente hermosa y se encontraba en todo el esplendor de la juventud. Besaba la mano del rey al pedirle que no la entregase á un romano, y sus palabras antes parecían caricias que ruegos. Así fué que el príncipe se vió dominado por otro sentimiento que el de la compasión: con el arrebató natural á los numidas, el vencedor se enamoró de su cautiva, le dió la mano como prenda de la promesa que le pedía, y entró en el palacio. Quedando solo, ocupóse de los medios de cumplir su promesa, y no sabiendo qué decidir, solamente escuchó su amor, y tomó una resolución tan temeraria como imprudente. Ordenó que en el acto hiciesen los preparativos de su matrimonio para aquel mismo día, con objeto de no dejar á Lelio ni á Scipión el derecho de tratar como cautiva una princesa que sería la esposa de Masinissa. Habíase realizado el matrimonio cuando llegó Lelio, quien lejos de ocultar su desagrado, quiso al pronto arrancar á Sofonisba del lecho nupcial, para enviarla á Scipión con Syfax y los otros prisioneros; pero